

VISIÓN BUCÓLICA Y REGENERACIONISMO DE GALDÓS

Ángel Ruiz Pérez

En esta comunicación pretendo analizar la visión que tiene Galdós de la vida del campo —sobre todo en la recepción y crítica que hace del género bucólico— y su reelaboración por medio de la influencia cervantina y la de sus contemporáneos.

Sobre el componente bucólico quizá sea interesante comenzar recordando su posible conocimiento de los autores bucólicos grecolatinos; en su formación inicial en Las Palmas había estudiado latín y griego;¹ allí había ejercido su influencia Graciliano Afonso, sacerdote amante del latín y traductor del *Ars poetica* de Horacio, la *Eneida* y las *Églogas* de Virgilio. La influencia de este ambiente fue clave en su manera de enfocar la vida y la literatura, como ya señaló atinadamente Blanquat (1971) y estudió después Beyrie a fondo (1980: 129).² Además son interesantes los datos que aporta su biblioteca (Nuez 1990):³ hay traducciones de obras clásicas (en español o francés), algunas de ellas de la época en la que estudiaba bachillerato, y entre ellas las de Virgilio. Tenemos constancia también de su conocimiento de la poesía bucólica hispana por un comentario de *La Arcadia moderna*, de Ventura Pérez Aguilera, donde recuerda sus clases de retórica y el fastidio de un aprendizaje literario basado en el estudio de reglas; sólo se salvaba la antología de textos que ilustraba al final todo aquel fárrago, que —reconoce— le entusiasmaba entonces:

¡Qué infantil entusiasmo! ¡Qué adhesión flemática e irreflexiva! Penetrados de profundo misticismo literario, fanáticos con inocencia, prosélitos con fervor, nos identificamos con aquella poesía, volamos con las tórtolas de Francisco de Torre, aspiramos los deliciosos tomillos de Meléndez, bebemos en las claras fuentes de Villegas, enarbolamos el bien cincelado tirso de Boscán, bebemos en la copa de Anacreonte, triscamos con la ternerilla y la mansa cordera de Jaúregui, y a cada son de la terrible campana reglamentaria del colegio, nos parece oír el clásico cencerro de las cabras de Melampo o de las ovejuelas de Batilo (Galdós 1972: 371).

Pero viene luego el estudio de las ciencias naturales y la lógica; cuando se vuelve a la literatura “el arte bucólico, del que antes fuimos sinceros apasionados, se nos presenta con toda la falsedad y extraños oropeles. Adquirimos exacta noción de lo bello y desterramos lo convencional: se despierta en nosotros el puro sentimiento de la naturaleza, ajeno ya a toda sistemática falsificación” (372). A continuación rechaza el género bucólico español, porque “el sentimiento de la naturaleza en que se funda es extraviado y falso” (372). Los poetas del presente que quieran ver ahora la naturaleza se encontrarán a:

los hijos inseparables y pegados siempre a la fecunda madre, sencillos como ella, rústicos, primitivos, esencialmente naturales, unidos a ella por la tierra, por el barro, por el musgo, que parece ser la sustancia elemental de la madre y el hijo; verá al labriego y al pastor, rústicos, brutales, incultos de cuerpo y espíritu. Su lenguaje es bárbaro, su razonar torpe, sus apetitos ciegos y sin freno, su sentimiento sencillo; pero nunca expresado en claros ni graciosos términos (373).

Sin embargo, el efecto que le produjeron las explicaciones del curso de literatura latina de Camus (del que conservó los apuntes)⁴ sobre Virgilio es de entusiasmo:

Oigamos las exclamaciones entusiastas que saludan la entrada de Virgilio. ¡Magnífico! ¡Divino! ¡Sublime! Ya el señor Camús, rebosando alegría, presa de un vértigo de entusiasmo virgiliano, trisca como un cabritillo por los mantuanos campos; escucha enajenado las lamentaciones de Títilo y Melibeo, víctimas de los feroces soldados vencedores en Farsalia; corre tras Galatea y preside el certamen de amoroso discreteo en que dos inocentes pastores manifiestan alternativamente su ingenio. En cuanto a las Geórgicas, no es necesario decir que Camús se vuelve loco en presencia de aquellas atinadas experiencias agrícolas; empuña el arado, cata la colmena, apacienta las ovejas, ordeña las cabras, siembra el trigo, y hasta parece que saborea aquel duro y sabroso queso y aquellos dulces poemas de que nos habla el gran bucólico al fin de su primera égloga (Pérez Galdós 1972: 119-120).

Del autor romano hay mención también en la descripción de la biblioteca del canónigo de Orbajosa en *Doña Perfecta* (Galdós 1993, II: 165), aunque de significado ambiguo: el canónigo que posee libros de Virgilio (y es muy competente en latín) es dibujado con negras tintas por Galdós como uno de los principales antagonistas de Pepe Rey, ingeniero, hombre moderno, que parece no saber mucho de lenguas clásicas. El canónigo será quien le cite un pasaje de *Las geórgicas* de Virgilio (20-21):

—¡Oh!, sí; un gran agrónomo —añadió el Penitenciario—; pero en asuntos de agronomía no me citen tratados novísimos. Para mí toda esa ciencia, Sr. de Rey, está condensada en lo que yo llamo la Biblia del campo, en las *Geórgicas* del inmortal latino. Todo es admirable, desde aquella gran sentencia *Nec vero terrae ferre omnes omnia possunt*, es decir, que no todas las tierras sirven para todos los árboles, Sr. D. José, hasta el minucioso tratado de las abejas, en que el poeta explana lo concerniente a estos doctos animalillos, y define al zángano diciendo:

Ille horridus alter

desidia, lactamque trahens inglorius alvum,

de figura horrible y perezosa, arrastrando el innoble vientre pesado, Sr. D. José...

—Hace Vd. bien en traducírmelo —dijo Pepe riendo—, porque entiendo muy poco el latín.

—¡Oh!, los hombres del día ¿para qué habían de entretenerse en estudiar antiguallas? —añadió el canónigo con ironía—. Además, en latín sólo han escrito los calzonazos como Virgilio, Cicerón y Tito Livio. Yo, sin embargo, estoy por lo contrario, y sea testigo mi sobrino, a quien he enseñado la sublime lengua.

Es una situación compleja, en la que por una parte el personaje más negativo tiene sensibilidad para Virgilio pero por otra lo utiliza como arma arrojadiza contra el protagonista, que no ha estudiado latín pero que tampoco está en contra de él (Galdós 1993, II: 58):

—El empeño de Vds. de considerarme como el hombre más sabio de la tierra, me mortifica bastante —dijo Pepe, recobrando la dureza de su acento—. Ténganme por tonto; que prefiero la fama de necio a poseer esa ciencia de Satanás que aquí me atribuyen.

Rosarito se echó a reír, y Jacinto creyó llegado el momento más oportuno para hacer ostentación de su erudita personalidad.

—El panteísmo o panenteísmo están condenados por la Iglesia, así como las doctrinas de Schopenhauer y del moderno Hartmann.

—Señores y señora —manifestó gravemente el canónigo—, los hombres que consagran culto tan fervoroso al arte, aunque sólo sea atendiendo a la forma, merecen el mayor respeto. Más vale ser artista y deleitarse ante la belleza, aunque sólo esté representada en las ninfas desnudas, que ser indiferente y descreído en todo. El espíritu que se consagra a la contemplación de la belleza no entrará completamente el mal. *Est Deus in nobis...* Deus, entiéndase bien.

La cosa llega al extremo de que Pepe Rey se ve forzado a una crítica que no siente, con una defensa de la ciencia positiva que horroriza a su prima (38):

La fábula, llámese paganismo o idealismo cristiano, ya no existe, y la imaginación está de cuerpo presente. Todos los milagros posibles se reducen a los que yo hago en mi gabinete cuando se me antoja con una pila de Bunsen, un hilo inductor y una aguja imantada. Ya no hay más multiplicaciones de panes y peces que las que hace la industria con sus moldes y máquinas y las de la imprenta, que imita a la Naturaleza sacando de un solo tipo millones de ejemplares. En suma, señor canónigo del alma, se han corrido las órdenes para dejar cesantes a todos los absurdos, falsedades, ilusiones, ensueños, sensiblerías y preocupaciones que ofuscan el entendimiento del hombre. (...).

Rosarito contemplaba llena de estupor a su primo. Este se inclinó hacia ella y al oído le dijo disimuladamente en voz muy baja:

—No me hagas caso, primita. Digo estos disparates para sulfurar al señor canónigo.

Esta cerrazón del supuesto elemento erudito es otra de las decepciones del protagonista, que esperaba encontrar en la ciudad provinciana una suerte de idilio rural (21) como el que le describe su tío:

—Por cierto —decía don Juan— que en esa remota Orbajosa, donde, entre paréntesis, tienes fincas que puedes examinar ahora, se pasa la vida con la tranquilidad y dulzura de los idilios. ¡Qué patriarcales costumbres! ¡Qué nobleza en aquella sencillez! ¡Qué rústica paz virgiliana! Si en vez de ser matemático fueras latinista, repetirías al entrar allí el *ergo tua rura manebunt*. ¡Qué admirable lugar para dedicarse a la contemplación de nuestra propia alma y prepararse a las buenas obras! Allí todo es bondad, honradez; allí no se conocen la mentira y la farsa como en nuestras grandes ciudades; allí renacen las santas inclinaciones que el bullicio de la moderna vida ahoga; allí despierta la dormida fe, y se siente vivo impulso indefinible dentro del pecho, al modo de pueril impaciencia que en el fondo de nuestra alma grita: “quiero vivir”.

De hecho, la primera mención de un encuentro directo con el campo será también decepcionante (8):

—¡Mis tierras! —exclamó con júbilo el caballero, tendiendo la vista por el triste campo que alumbraban las primeras luces de la mañana—. Es la primera vez que veo el patrimonio que heredé de mi madre. La pobre hacía tales ponderaciones de este país, y me contaba tantas maravillas de él, que yo, siendo niño, creía que estar aquí era estar en la gloria. Frutas, flores, caza mayor y menor, montes, lagos, ríos, poéticos

arroyos, otros pastoriles, todo lo había en los Alamillos de Bustamante, en esta tierra bendita, la mejor y más hermosa de todas las tierras... ¡Qué demonio! La gente de este país vive con la imaginación. Si en mi niñez, y cuando vivía con las ideas y con el entusiasmo de mi buena madre, me hubieran traído aquí, también me habrían parecido encantadores estos desnudos cerros, estos llanos polvorientos o encharcados, estas vetustas casas de labor, estas norias desvencijadas, cuyos canjilones lagrimean lo bastante para regar media docena de coles, esta desolación miserable y perezosa que estoy mirando.

El paisaje de Orbajosa no tiene nada de admirable. Algo similar ocurre con el campo manchego (*Bailén, Episodios Nacionales* 4):

Así atravesamos la Mancha, triste y solitario país donde el sol está en su reino, y el hombre parece obra exclusiva del sol y del polvo; país entre todos famoso desde que el mundo entero se ha acostumbrado a suponer la inmensidad de sus llanuras recorrida por el caballo de D. Quijote. Es opinión general que la Mancha es la más fea y la menos pintoresca de todas las tierras conocidas, y el viajero que viene hoy de la costa de Levante o de Andalucía, se aburre junto al ventanillo del vagón, anhelando que se acabe pronto aquella desnuda estepa, que como inmóvil y estancado mar de tierra, no ofrece a sus ojos accidente, ni sorpresa, ni variedad, ni recreo alguno. Esto es lo cierto: la Mancha, si alguna belleza tiene, es la belleza de su conjunto, es su propia desnudez y monotonía, que si no distraen ni suspenden la imaginación, la dejan libre, dándole espacio y luz donde se precipite sin tropiezo alguno. La grandeza del pensamiento de don Quijote, no se comprende sino en la grandeza de la Mancha. En un país montuoso, fresco, verde, poblado de agradables sombras, con lindas casas, huertos floridos, luz templada y ambiente espeso, D. Quijote no hubiera podido existir, y habría muerto en flor, tras la primera salida, sin asombrar al mundo con las grandes hazañas de la segunda.

No hay espacio para mundos bucólicos en la España provinciana, ni es posible una literatura ‘escapista’; el paisaje no llega a la altura ni sus habitantes, salvo los ascetas o los quijotes;⁵ no tiene tampoco sentido la poesía pastoril de origen francés, sobre todo en sus epígonos españoles, que hizo furor en el XVIII y seguía practicándose en el XIX. Una declaración programática está en *La Fontana de Oro* (Galdós 1993, I: 265):

En el siglo XVII, cuando nuestra nacionalidad vigorosa, original y profundamente característica, no había recibido influjo extranjero, los españoles se componían de otro modo: iban a su objeto por medios más violentos, más decididos, más románticos, que indicaban antes la pasión que la intriga; más bien la resuelta actitud del valor que el ingenioso intento de la astucia. Aquel fue el siglo de los raptos del convento, de las escaladas por el jardín, de las fugas, de los atropellos, de los sublimes atrevimientos. Entonces hubo un galán, según dicen (el Conde de Villamediana), que quemó su casa por el placer de sacar en brazos a una dama.

La irrupción de costumbres francesas, verificada con la venida de la dinastía nueva a principios del siglo XVIII, modificó esta como otras cosas. La sociedad que se imponía a la nuestra era menos grande, menos valerosa, menos apasionada; pero más culta, más refinada, más hipócrita. Con ella vinieron los abates, y vino la literatura clásica, fría, ceremoniosa, falsa, hipócrita también. La poesía pastoril, último grado de la

hipocresía literaria, tuvo un renacimiento funesto en el siglo pasado. Al compás de los madrigales, los abates hacían el amor callandito en los salones. Los amantes, que componían versos de casto e insípido pastorileo, no podían entrar en las casas como aquellos a quienes encubría su dignidad, y entraban disfrazados o empleando los más extravagantes y rebuscados medios.

También en *El audaz* se critica (Galdós 1993, I: 491) a un fraile que había estudiado en Salamanca,⁶ que

Fue uno de los más afamados poetas de aquella insulsa escuela, donde se le conocía con el pastoril nombre de Liseno. Como fray Diego González y el padre Fernández, no se desdeñaba de cultivar la poesía amatoria, fingiéndose pastor y creando un tipo de mujer a quien dirigía sus versos. Esto era costumbre y nadie se escandalizaba por ello.

Todo ello se ejemplifica en una historia desarrollada en esta novela: Pepita Sanahuja, de noble linaje, quiere revivir el ideal bucólico (Galdós 1993, I: 543):

Pepita Sanahuja, poetisa fanática por Meléndez, (...) deliraba por la literatura pastoril (...)

—¿Puede nada compararse a la hermosura del campo? —decía doña Pepita cuando, elegido el sitio de reposo, se sentaron todos sobre la hierba—. Y eso que aquí no vemos más que un mal remedo de los prados frescos y alegres de que hablan Garcilaso y Villegas. Aquí ni ovejas con sus corderos saltones y tímidos, ni pastores engalanados y discretos, aquí ni arroyos que van besando los pies de las flores, ni dulce son de los caramillos repetidos por la selva, ni... (...)

—¡Jesús! —exclamó Engracia, interrumpiéndola.

—Esto no se puede soportar. Ya tenemos el pastoreo en campaña. ¡Pepa, por Dios, no nos aburras ahora con tus zagalas y caramillos!

—No puedo prescindir de mi inclinación. El prosaísmo no ha entrado todavía en mi cabeza —contestó la apasionada de Meléndez con un mohín desdeñoso—. La verdad es que no hay tormento mayor que la superioridad de cultura y de gusto.

—Yo no sé —observó la de Cerezuelo— de dónde han sacado los poetas esas pastoras que pintan tan finas, con tales vestidos y modales. Yo he vivido en el campo y no he visto en medio de los rebaños más que hombres zafios, tal vez menos racionales que las reses que cuidaban.

—¡Ah!, es mucho cuento la tal poesía pastoril —dijo Engracia, complaciéndose en mortificar a su discreta amiga—. ¿Y cuando se dicen aquellas ternuras y se ponen a llorar junto al tronco de una encina, diciendo tales tonterías que no se les puede aguantar?...

—¡Qué prosaísmo, qué deplorable gusto! —dijo la poetisa en tono despreciativo—. ¡No comprender la sutileza de la ficción! Pero a bien que estamos acostumbrados a oír disparates.

—Pluma, ¿le gusta a usted la poesía pastoril? —preguntó la de Torreño al atontado petimetre, que después del acarreo de doña Bernarda había cogido el suelo con mucha gana.

—¿Qué pienso? —contestó, perplejo entre aparecer prosaico, renegando de la poesía, o incurrir en el desagrado de la viuda, emitiendo una opinión contraria—. Pienso... Es cuestión delicada. El buen gusto de nuestra época —añadió, tratando de pasar por

erudito y agradar a todos los presentes—, el buen gusto de nuestra época exige que esa cuestión sea estudiada con detenimiento. Yo he leído a Longo, Anacreonte, Teócrito, Gesner, Garcilaso, Villegas, y es fuerza confesar que hicieron églogas muy buenas. Estos de hoy no les llegan a la suela del zapato; y así, puedo decir que la poesía pastoril me gusta y no me gusta, según y cómo, pues... ya ustedes me entienden.

—Nos ha dejado enteradas —dijo Engracia—, y es lástima que no recuerde lo que decían esos señores Hongo, Acronte, Pancraccio, para que se lo cuente ce por be a Pepita.

La pobre Sanahuja llega al extremo de locura de querer practicar un modo de vida pastoril en la práctica (Galdós 1993, I: 711-12); explícitamente es comparada con el Quijote:

Figúrese usted que Pepita está maniática, no puede vivir sino en el campo. Ya usted recordará. Aquella que en la Florida recitaba versos pastoriles y jugaba a los corderos. Yo me figuro que aquella cabeza no está buena. Está tan enfrascada en su manía, que no hay quien la convenza de que todo eso de lo pastoril es pura invención de los poetas, y que en el mundo no han existido jamás Melamplos, ni Lisenos, ni Dalmiros, ni Galateas. Pero ni por esas; ella, con la lectura de Meléndez y de Cadalso, se figura que todo aquello es verdad, y quiere ser pastora y hacer la misma vida que los personajes imaginarios que pintan los escritores. ¿Pues qué cree usted? Si ha tenido su padre que quemarle los libros, como hicieron con los de D. Quijote... Es mucha niña aquella. Pues hoy se van para Aranjuez, donde tienen una hermosa finca con su soto y muchos viñedos. La familia, viendo que Pepita no comía ni dormía a causa de su preocupación pastoril, ha resuelto al fin hacerle el gusto y se la llevan esta tarde.

Esto se pone en práctica más adelante (Galdós 1993, I: 780-82), cuando Pepita se va a Aranjuez y lleva a la realidad su ideal de vida bucólica; pero le falta un pastor y lo encuentra en un muchacho que se había perdido (que curiosamente era el hermano del protagonista):

Y el Cielo, propicio siempre con los locos, le deparó lo que buscaba. Aquella tarde, en el momento en que los rayos del sol trasponían por el horizonte, dejando en las copas de los árboles, en los techos de las casas y en la superficie del Jarama resplandecientes rastros de luz y perfiles y destellos de mil colores; en el momento en que las ovejas se aproximaban unas a otras, buscando cada una abrigo en las calientes lanas de las demás; cuando salía el humo de los techos y empezaban a pedir la palabra las ranas para su discusión nocturna; cuando la Naturaleza se adormía, impresionando los sentidos con recuerdos virgilianos, Pepita encontró lo que deseaba, encontró su pasto en un chico que, habiéndose presentado unos días antes en la puerta de la casa hambriento, cubierto de harapos y pidiendo limosna, fue recogido por los colonos, que eran gente compasiva. Este chico le pareció desde el primer momento tan propio para el caso, tan interesante por su color tostado, sus grandes y expresivos ojos y su expresión inteligente, que no vaciló en poner en ejecución su pensamiento. A pesar de la repugnancia de sus padres, el chico fue arrancado al pastoreo de los cerdos en que le tenían ocupado; se le dio de comer y de beber a cuerpo de rey, se le arregló una cama en la casa, y al día siguiente las ovejas, los criados y los labradores le vieron en la huerta coronado de flores y de cintas, y muy satisfecho del papel que estaba desempeñando. Se le puso el nombre de Fileno, y los cerdos se quedaron sin su guardián.

En el fondo late una crítica a toda la poética neoclásica, como se ve también en *La Fontana de Oro*, donde aparece un escritor de tragedias (Galdós 1993, I: 189-90):

Ramón tenía talento y facultades de poeta; pero había nacido en una época funesta para las letras. El frío clasicismo agostaba en flor los ingenios que, educados en la retórica francesa, y siguiendo los principios del prosaico Montiano, del rígido Luzán, del insoportable Hermosilla, no atinaban a utilizar los elementos poéticos que en aquel tiempo nuestra sociedad les ofrecía.

Así, en las primeras obras de Galdós el acercamiento al campo es imposible cuando se intenta encontrarlo en las pequeñas ciudades de provincia o en la propia vida rural. Mucho peor es crear un campo *literario* o *jugar a pastores* cuando lo hace la clase alta por pura abulia o alambicamiento. El campo real es de hecho lo contrario de cualquier planteamiento idílico, como ocurre en *Marianela*, donde el campo es en realidad un lugar que con las minas se ha convertido en un infierno.⁷ El intento de crear una literatura de idealización del campo es por ello absurdo y las referencias bucólicas están contrahechas: así en un pasaje (Galdós 1993, II: 670) describe así a las mujeres: *ocupadas en lavar parecían una pléyade de equívocas ninfas de barro ferruginoso crudo*.⁸ O poco antes (665):

Las dos hembras, Mariuca y Pepina no carecían de encantos, siendo los principales su juventud y su robustez. Una de ellas leía de corrido; la otra no, y en cuanto a conocimientos del mundo, fácilmente se comprende que no carecería de algunos rudimentos quien vivía entre risueño coro de ninfas de distintas edades y procedencias, ocupadas en un trabajo mecánico y con boca libre. Mariuca y Pepina eran muy apechugadas, muy derechas, fuertes y erguidas como amazonas. Vestían falda corta, mostrando media pantorrilla y el carnoso pie descalzo, y sus rudas cabezas habrían lucido mucho sosteniendo un arquitrabe como las mujeres de la Caria. El polvillo de la calamina que las teñía de pies a cabeza, como a los demás trabajadores de las minas, dábales aire de colosales figuras de barro crudo.

Aparecen así irónicamente como esculturas clásicas, igual que la protagonista de *La familia de León Roch*. En esta novela el amor 'à la bucólica' es en realidad un puro engaño, con una recreación a la inversa del mito de Pigmalión (Galdós 1994, III: 50; Cf. Smith 1993):

Con esta belleza tan acabada que parecía sobrehumana, con esta mujer divina en cuya cara y cuerpo se reproducían, como en cifra estética, los primores de la estatuaria antigua, se casó León Roch después de diez meses de relaciones platónicas. Fue ocasión de su esclavitud un súbito enamoramiento que le sobrecogió al verla por primera vez y tratarla en una reunión de la Corte, cuando María, recién salida al mundo, se hallaba en aquel peregrino estado de pimpollo en que la belleza de la mujer se marca con un sello de inocencia y aparece matizada aún con el rocío de esa encantadora mañana que se llama infancia. Se enamoró como un pastor, vergüenza da decirlo, y él mismo se asombraba de ver que el teodolito de topógrafo y el soplete de mineralogista trocábanse en sus manos en caramillo o flauta de bucólico vagabundo.

Esto encontrará su réplica posteriormente en obras de finales de siglo y de su última época. En *Ángel Guerra* el protagonista huye a Toledo, donde se encuentra a un sacerdote (Galdós 1970: 499) que prefiere la agricultura a la dedicación a su misión pastoral: "Su pasión era la más noble que existir puede, la más útil, y a boca llena repetía, apropiándose un texto del

amigo Cicerón: *Nihil est agricultura melius, nihil uberius, nihil dulcius, nihil homine libero dignius*".

Es un anuncio de la progresiva inclinación de Galdós a ver la vuelta al campo como un remedio para los males de España (cf. Benítez 1990 212-16, con más ejemplos). En *Nazarín* el protagonista, nuevo Quijote, sale al campo, como un nuevo loco cristiano. En *Halma* la huida al campo se plantea como intento utópico de crear una sociedad ideal; el choque con los intereses creados se consigue reconducir con una vuelta a las fuentes: la sociedad pseudomonástica que la protagonista intentaba crear en el campo se reconduce al final a su matrimonio y a la creación de una hacienda en la que prima la preocupación social, algo que entronca con planteamientos de autores como Pereda o Eça de Queiroz.⁹ La condesa de Halma plantea primero una sociedad caritativa, con una economía de subsistencia (363), en la que todos se someten a una regla monacal, también Urrea, enamorado de ella, hasta el punto de que va pasando por los trabajos más humildes (373-4), en una suerte de penitencia impuesta por la condesa por su anterior vida disoluta en Madrid (373). Será Nazarín quien primero le saque del pajar donde duerme junto a dos gañanes; ambos son hombres jóvenes, pero con personalidad, que con educación hubieran sido muy distintos, aunque Galdós no desarrolla la cuestión de si en ellos está la posibilidad de unos campesinos mejores (383); simplemente los deja de lado. Mientras, ante los ataques procedentes del exterior y los intentos de controlar la casa por parte de los poderes establecidos, se precipita el desenlace; es Nazarín quien aclara a la condesa su destino: se tiene que casar con Urrea, que "es un buen hombre, y será un excelente señor de Pedralba!" (408) y convertir el pseudomonasterio, la 'ínsula' (así es llamada repetidas veces), en la casa de familia de dos personajes nobles, que así estarán libres de presiones y podrán realizar una caridad efectiva. Lo certifica otra vez Nazarín: "Los señores de Pedralba no fundan nada; viven en su casa y hacen todo el bien que pueden". Las clases altas redimen la vida en el campo con su preocupación por los más necesitados.

Un esquema similar tiene una curiosa —y tediosa— novela tardía, *El caballero encantado*, en la que el protagonista, noble derrochador, es transformado en gañán por una figura a medio camino entre la alegoría y la fantasía, la madre España, que le ayudará con ello a replantearse su función social; al final vuelve a la ciudad como aristócrata, cambiando no exteriormente ni con proyectos de revolución social, sino en la perspectiva vital.

Paralelamente hay varios trabajos críticos de Galdós donde reflexiona sobre el campo en general y sobre Castilla en particular. En el Prólogo a *Vieja España*, libro de José María Salaverría de 1907 (en Mainer-Ara 2004: 227),¹⁰ realiza, una "conversación o cambio de apreciaciones entre compañeros de oficio que se encuentran en tierras castellanas, y de pueblo en pueblo, de ruina en ruina, de soledad en soledad, no se cansan en examinar el duro suelo de donde extrajo su juego toda la energía hispánica. Nutrida ésta de aquel terruño en un ambiente seco y extremoso, forjó los caracteres tenaces que paralelamente produjeron grandes hechos en este hemisferio y en el otro, y al compás de los hechos el lenguaje viril que había de referirlos". Va describiendo una Castilla pobre (más pobre que Canarias o Vasconia), por la que sin embargo (228): "sentimos la misma devoción filial ante el desolado taller de nuestra Historia, ante el solar ingente de tantas noblezas desvanecidas, hoy mal poblado de españoles que trabajosamente se adaptan al vivir moderno; y nos apena el ver a Castilla desnuda de su grandeza heroica, sin magnates, sin repúblicos eminentes, sin Corte".

Es una Castilla pobre, de pasado glorioso y núcleo de España, poblada por personas de 'hábitos austeros' (228), una "región esteparia, barrida por los vientos, harta del sol en verano y

de nieblas y frialdades en invierno, harta también de sublimes o desvariadas abstracciones” (233). Más adelante vuelve a esa descripción negativa de su paisaje (236):

perfecta planimetría sin accidentes, como un mar convertido en tierra. (...) El campo era en aquellos días, de primavera lluviosa, verdegueante y encharcado a trechos, con grajeas de amapolas como gotas de sangre. Casas lejanas, escasos árboles, supervivientes de los que se plantaron al construir la carretera, no logran romper la uniformidad plana de aquel suelo que se rebela contra todo lo que pretende alterar su quietud, su horizontalidad lacustre y su tristeza reconcentrada, ensoñadora. Es el paisaje elemental, descanso de los ojos y el suplicio de la imaginación.” (...) “En algún árbol petiseco, la abubilla, coronada de plumas y con sus faldones casaquiles, da los tres golpes de su canto, y vuela hacia otro árbol, tomándonos la delantera. El ti-ti-ti de la abubilla es la suma sencillez musical, como el campo, el camino y el suelo son la suma sencillez topográfica. El alma del viajero se adormece en dulce pereza. Por un camino psicológico, igualmente rectilíneo, se va al ascetismo y al desprecio de todos los goces.

Ya en 1904, en *O'Donnell* se encuentra una descripción similar:

Atravesando en la diligencia las estepas de Castilla, no se cansaba Teresa de contemplar las tierras pardas, sin vegetación, a trechos labradas para la próxima siembra; entreteníase mirando y distinguiendo los tonos diferentes de aquella tierra esquilhada, madre generosa que viene dando de comer a la raza desde los tiempos más remotos, sin que un eficaz cultivo reconstituya su savia o su sangre. Miraba los pueblos pardos como el suelo, las mezquinas casas formando corrillo en torno a un petulante campanario... Ni amenidad, ni frescura, ni risueños prados veía, y, no obstante, todo le interesaba por ser suyo, y en todo ponía su cariño, como si hubiera nacido en aquellas casuchas tristes y jugado de niña en los ejidos polvorosos. Las mujeres vestidas con justillo, y con verdes o negros refajos, atraían su atención. Sentía piedad de verlas desmedradas, consumidas prematuramente por las inclemencias de la naturaleza en suelo tan duro y trabajoso. Las que aún eran jóvenes tenían rugosa la piel. Bajo las huecas sayas asomaban negras piernas enflaquecidas. Los hombres, avellanados, zancudos, con su seriedad de hidalgos venidos a menos, parecían llorar grandezas perdidas. Todo lo vio y admiró Teresa, ardiendo en piedad de aquella desdichada gente que tan mal vivía, esclava del terruño, y juguete de la desdeñosa autoridad de los poderosos de las ciudades. Por todo el camino, al través de las llanadas melancólicas, de las sierras calvas, de los montes graníticos, iba empapando su mente en esta compasión de la España pobre, a solas, muy a solas, pues la persona que la acompañaba esparcía sus pensamientos por otras esferas (*Episodios Nacionales*, 4ª serie, cap. XXII: 511).

En el artículo de 1907 sigue una descripción detallada de Madrigal de las Altas Torres, en su recorrido por los lugares ligados a Isabel la Católica (antes se ha detenido en hablar de Medina del Campo)¹¹ (237-249); alaba a la Reina por el conjunto de su reinado (salvo 248 por la expulsión de los judíos y la Inquisición). Sólo ahí el paisaje se convierte en deleitoso (241):

Salimos al campo, que en aquellos días de abril *de aguas mil* se hallaba en plena magnificencia primaveral. Los trigales lozanos, recamados de amapolas, encantaban la vista. La vegetación arbórea se manifestaba viciosa y exuberante, prodigando al sol el

lujo de sus yemas; en los senderos, reblandecidos por lluvia de la pasada noche, se hundían suavemente los pies del caminante; el polvo desaparecía sojuzgado por la benéfica humedad; arroyuelos humildes corrían con presteza y cháchara de una parte a otra, ignorantes de las menciones que de ellos han hecho los poetas, [cuenta la idea que tienen algunos de que la palabra *madrigal* viene de esa zona de Madrigal de las Altas Torres].

Esta descripción del paisaje ideal es una llamada a Castilla para que resurja, como lo dirá explícitamente después: (249) “Sigamos enaltecendo a la madre Castilla; gritemos, en su oído, un poco tardo hoy, para infundirle aliento y obligarla a sacudir su pesimismo perezoso y a escalar los altos escaños de la vida moderna”. El modo es conseguir que

saque Castilla su abolengo agrícola, la extensión de sus tierras y consagre a éstas todo el buen sentido de la raza y toda su aplicación y perseverancia. Hable y grite pidiendo al Estado las mejoras agrarias que no alcanza la iniciativa regional; reclame la irrigación y el auxilio de la ciencia agronómica; aspire a que sean vergeles los *Campos Góéticos*, la cuenca del Duero, desde Almazán a Zamora, las estepas de aquende y allende al Tajo, y a que cese el oprobio de un Guadiana sumido en tierra. Verdad que de esta y otras afrontas es culpable el centralismo, que no da al pueblo facultades ni medios para luchar eficazmente con la Naturaleza (249).

Ya en 1901 había publicado *Rura*, un artículo de alabanza de la tierra, que propone las labores agrícolas como medio de regeneración de España. Juan Carlos Ara Torralba (en Mainer-Ara 2004: 934) comenta que es un artículo 'regeneracionista de marcado matiz fisiocrático', que compartía planteamientos con los de Costa, Altamira o Queral. Es llamativa la importancia que se concede a la agricultura:

si[n] renunciar a las luchas de la inteligencia, a las investigaciones científicas y a los afanes gloriosos de la industria y el arte, pongámonos en mejor terreno, en el terreno inicial, fecundo y primitivo, que es la sacra tierra, de donde todo sale y adonde todo ha de volver. La humanidad ha venido a ser excesivamente cerebral; la civilización no acaba de sentirse satisfecha de sí propia ni orgullosa de sus conquistas: amarga sus horas el reverdecimiento de luchas que parecían extinguidas y de problemas que parecían resueltos; amárgala también la nostalgia de la tierra como elemental materia de trabajo. Un poderoso estímulo de atavismo despierta en ella el sentimiento de la labranza; con pena y alegría combinadas, recuerda que el labrador es el primer civilizado, y reconoce que el mejor remedio del cansancio presente es volver al origen de las humanas tareas, buscando el reposo en las fatigas elementales para constituir sociedad y fundar la riqueza.

Seamos todos un poco destripaterrones y conciliemos la vida urbana con la vida agrícola, aspirando a la suprema síntesis, que ha de alegrar nuestra existencia, restaurando la higiene cerebral, atenuando nuestro neurosismo, y haciéndonos más fuertes y al propio tiempo más religiosos, más dueños de la naturaleza y menos accesibles a la duda y al escepticismo.

En este artículo se ve la influencia de sus sobrinos José María y José Hermenegildo Hurtado de Mendoza Pérez Galdós, que estudiaron agronomía.¹² José Hermenegildo tuvo mucho que ver en que este artículo se publicase por primera vez en la revista *El progreso Agrícola* y

Pecuario. Poco más adelante (863) Galdós comenta que en el siglo XIX la población rural había perdido su nobleza (“el creciente desmedro social de la clase labradora”):

Vamos a la perdición si no impulsamos en el siglo que empieza la magna obra de ennoblecer al labrador, de armarle caballero, de hacerle rico y sabio para que constituya la primera y más poderosa de las clases sociales. Señales hay en estos tiempos de que los venideros marcarán esa dirección en los destinos de España; y si así fuere, los que empalmen el siglo XX con el XXI verán entre otras maravillas el prodigio de la Civilización Bucólica, la agricultura presidiendo sobre las artes, el villano engrandecido, las ciudades estacionadas a las orillas de los campos, los palacios entre mieses, la humanidad menos triste que ahora, la tierra, engalanada, cubierta de toda hermosura, más joven cuanto más arada, mas linda cuanto menos virgen.

No se puede decir que Galdós haya sido muy profético, y también creo que eso contribuye a la perplejidad y gran silencio en torno a su novela *El caballero encantado*, donde se pone en práctica este planteamiento, que a la vez es en cierto modo cervantino, algo que ya ha estudiado Benítez (1990).¹³ *El caballero encantado* ha sido mal valorado por la crítica¹⁴ (con las excepciones de Rodríguez Puértolas o Benítez) y yo pienso también que es una novela muy fallida. En ella se plantea un viaje por Castilla, en el que describe su postración y se plantean vías de mejora, en la línea regeneracionista, como explicó bien el propio Rodríguez-Puértolas (1977: 32-3).

Castilla encuentra su centro vital en Numancia y en ello pudo tener un papel importante una obra de Adolf Schulten, *Numantia*, de 1905 (la conexión sugerida ya en Rodríguez-Puértolas 1977: 37),¹⁵ que creo sirve también para situar las perspectivas de Galdós sobre Castilla. Lo que sí que estaba en su biblioteca era *Excavaciones de Numancia* (1908) de José Ramón Mélida. En realidad, la apropiación de Numancia y Sagunto como hitos tenía antecedentes lejanos, que en el siglo XIX se fundamentaban en los textos clásicos, aunque maquillándolos (cf. Álvarez Junco 2001: 209-11), especialmente por parte del Romanticismo, quedándose sólo con lo que se ve como resistencia de la nación española a los invasores, como un doblete y a la vez precedente de la Guerra de la Independencia. Pero la revalorización definitiva de Numancia tiene lugar con las excavaciones de finales del XIX y especialmente de principios del siglo XX. En ellas intervinieron tanto Mélida, que junto con sus dos hermanos artistas era amigo de Galdós, como Schulten, cuya visión ideológica de Numancia y de España describe muy bien Wulff (2004 y 2004b). Mélida, en su obra de 1908, habla de Numancia como “la heroica ciudad” (3), menciona a Schulten y resume sus ideas (5-6), describe a los numantinos como ‘gente indomable’ (8) y llega al punto de que llama a Numancia ‘solar glorioso del heroísmo ibero’ y habla de la ‘memorable página que con su sangre escribió en Numancia nuestra raza’ y del ‘hecho histórico de que está orgullosa nuestra patria’ (9-10). Su interpretación de los restos cerámicos es la de que hay continuidad entre las poblaciones neolíticas y las posteriores:

No deben ser considerados aquellos y estos como gentes distintas, sino una sola que, por evolución natural de sus aptitudes, y por contacto e influencia de gentes extrañas (tal vez los invasores celtas) se fueron perfeccionando, pasando del prehistorismo a la civilización, a lo cual no fueron ajenos ciertamente los pueblos colonizadores, fenicios y griegos, que tanta influencia ejercieron en la Península (21).

Tenemos así un pueblo originario que mejora por la influencia de celtas, griegos y fenicios. También identifica unos restos como templos.¹⁶ En todo ello estaba siguiendo en buena medida los postulados de Schulten, que ve en Numancia el núcleo del ser español, influido a su vez por la idealización que del episodio habían hecho los románticos alemanes y por las visiones exoticistas que tanto habían difundido algunos viajeros franceses y anglosajones (cf. Wulff 2004b: CII-CIII). Entre fines del XIX y principios del XX cristaliza una visión de España como realidad específica, distinta y distante de Europa, una España eterna, inmóvil, visión fundada en dos principios, el esencialismo (una nación española a lo largo de la historia) y el invasionismo (las divisiones internas que llevan a que sea repetidamente invadida). En el pasado hispánico esto se concretaría en una raza, la íbera, que sufre/se beneficia de invasiones de griegos, fenicios y romanos (estos últimos vistos de modo ambiguo); es una raza de cualidades limitadas, que perdura hasta hoy (esto en el contexto más general sobre la discusión de la decadencia de la raza latina, discusión sobre todo francesa después de la guerra franco-prusiana), que además carga con siglos de leyenda negra. Los iberos tienen un origen africano y se caracterizan por su orgullo, su incapacidad política para salir del aislamiento (siempre han sido anarquistas y temerosos de lo foráneo), su indolencia y negligencia (con pocas cualidades para la industria y el comercio) y su incapacidad para prever el futuro. La nobleza castellana, heredera de la visigoda, se salva de la mediocridad general. Esto es el resumen de lo que Schulten propondrá más adelante; sin poder confirmar que haya influido directamente en Galdós, comparten puntos de vista: cierto desprecio de la clase baja unido a su deseo de una regeneración dirigida por una nobleza renovada.

La solución que parece proponer Galdós es una vuelta a las esencias, en una España centrada en la agricultura, y con el sueño de una Castilla patriarcal, que el protagonista de *El caballero encantado* describe así ante la Madre, un personaje que simboliza España (1977: 153):

—¡Qué dulce paz! He dormido en tu regazo como un niño, y he soñado que vivimos en un mundo patriarcal, habitado por seres inocentes que no viven más que para compartir con amorosa equidad los frutos de la tierra...

La Madre (Graciosa) —Hijo, te has anticipado a la Historia dando un brinco de cien años o más, para caer en un porvenir que yo misma no sé cómo ha de ser.

Así, el propio protagonista, noble terrateniente que dilapida las rentas de sus arrendatarios explotados, es castigado a convertirse en un gañán, un proceso de purificación para su regeneración social. La vuelta al campo se marca además por el referente literario bucólico, en este caso la poesía de Juan del Encina (Rodríguez-Puértolas 1977: 31), pero sin dejar de mencionar la situación real, muy poco *bucólica* (Galdós 1977: 158).

La Madre “es nuestro ser castizo, el genio de la tierra, las glorias pasadas y desdichas presentes, la lengua que hablamos” (173). Cuando el protagonista va a Numancia, donde empieza a trabajar en las excavaciones de la ciudad, observa los restos romanos, la ciudad indígena y otra anterior: “y allá en lo más hondo, yacían los huesos de otra ciudad enterrada por los numantinos al construir la suya; de una ciudad, en cuyo suelo el Tarsis del siglo XX sentía las pisadas del Tarsis prístino, desvanecida imagen de los tiempos” (206). También se menciona el Museo (212).¹⁷ Al final del libro, el hijo que tiene se llama Héspero (343), como un personaje mencionado antes (203), epónimo de Hesperia, nombre antiguo de España.

Así, la vuelta al campo no parece que sea muy progresista, aunque Numancia se la había apropiado también el patriotismo liberal en el siglo XIX (Mainer 2004b: 190), a partir de una interpretación de patriotismo cívico en lucha por la libertad. También es posible entroncar la valoración de la vida agrícola con el pensamiento contemporáneo de socialismo no marxista, tal como lo exponía Durkheim y como lo defiende Benítez (1990: 209).

Sea como fuere, lo que hace Galdós es plantear una vuelta a la vida bucólica, tal como lo había sugerido Cervantes en el final de *El Quijote* —bien que como última locura del hidalgo— antes de volver definitivamente a casa.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ JUNCO, J., *Mater dolorosa: La idea de España en el siglo XIX*, 2001, Madrid, Taurus.
- BEYRIE, J., *Galdos et son mythe* vol. 1: Libéralisme et christianisme en Espagne au XIXème siècle: 1843-1873; vol. 2 Romantique et sources vives du Naturalisme galdosien 1860-1880, 1980, Paris.
- BENÍTEZ, R., *Cervantes en Galdós (Literatura e intertextualidad)*, 1990, Universidad de Murcia.
- *La literatura española en las obras de Galdós (Función y sentido de la intertextualidad)*, Universidad de Murcia, 1992 [esp. capítulo 6: Literatura pastoril y égloga realista: Galdós y Pereda].
- BLANQUAT, J., “Les annotations marginales des livres de Galdós”, *Études Ibériques et latino-américaines* (IV Congrès des hispanistes français, Poitiers, 18-20 mars 1967), Paris, PUF, 1968, pp. 23-43.
- “*Lecturas de juventud*”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1971, pp. 250-252, 161-220.
- BRAVO VEGA, J., “La poesía clasicista desde la antología de Quintana hasta la de Valera”, en García de la Concha, V., (ed.), *Historia de la literatura española*. Vol. 9 Siglo XIX (2), coord. Romero Tobar, L., 1998, Madrid, pp. 213-22.
- FERNÁNDEZ-GALIANO, M., “Humanismo y literatura en el siglo XIX español”, en Pérez Rioja, J. A., et al. *Humanismo español en el siglo XIX*. Conferencias pronunciadas en la Fundación Universitaria Española los días 10, 12 y 17 de mayo de 1976, 1977, Madrid, FUE, pp. 31-65.
- GARCÍA JURADO, F., “Virgilio entre los modernos. Un singular capítulo de la lectura de *Las Geórgicas*” en Joris Karl Huysmans, Eça de Queiroz, J. M., y Serra, C., (ensayo de Literatura Comparada), CFC (E.Lat) 16, 1999, pp. 45-75.
- CAMÚS, A. A., (1797-1889). *Humanismo en el Madrid del siglo XIX*, 2002, Madrid.
- MAINER, J. C., “Introducción”, en Pérez Galdós. B., *Prosa crítica*, introducción y edición de Mainer, J. C., notas de Ara Torralba, J. C., 2004, Madrid, Espasa-Calpe, pp. XI-LXXXIII.
- “Galdós, de viaje por Castilla”, en Peñate Rivero, J., (ed.), *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, 2004b, Madrid, pp. 185-203.
- MÉLIDA, J. R., “Excavaciones de Numancia”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1908, Madrid.
- NUEZ, S., (ed.), *Biblioteca y Archivo de la Casa-Museo Pérez Galdós*, 1990, Las Palmas de Gran Canaria.
- ORTIZ-ARMENGOL, P., *Vida de Galdós*, 1995, Barcelona.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Ángel Guerra*, 1970, Madrid, Hernando.
- *Episodios Nacionales*. Introducción por SAINZ DE ROBLES, F. C., 1971, Madrid, Aguilar.
- *Los Artículos de Galdós en ‘La Nación’, 1865-1866*, 1868, Ed. Shoemaker, W. H., 1972, Madrid, Ínsula.
- *El caballero encantado*. Edición de Rodríguez-Puértolas, J., 1977, Madrid, Cátedra.
- *Nazarín. Halma*. Edición de Arencibia, Y., 2002, Madrid, Biblioteca Nueva.
- *Novelas contemporáneas*. Edición de Ynduráin, D., Madrid, Turner (I, 1993: *La sombra, La Fontana de Oro, El audaz*; II, 1993: *Doña Perfecta, Gloria, Marianela*; III, 1994, *La familia de León Roch, La desheredada*).

SCHULTEN, A., *Numantia. Eine topographisch-historische Untersuchung*, 1905, Berlin, [resumen en español de José Pijoán en *Cultura Española*, nº 6, noviembre 1906].

SHOEMAKER, W. H., *La crítica literaria de Galdós*, 1979, Madrid, Ínsula.

SMITH, A., “Galdós y la imaginación mitológica: La historia de Pigmalión”. *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Galdosianos* (abril, 1990). Vol I, 1993, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 311-324.

WULFF A., Fernando, “Introducción”, en Adolf Schulten. *Historia de Numancia*, edición de Wulff, F., 2004, Pamplona.

— “Franquismo e Historia Antigua: algunas notas europeas con P. París y A. Schulten”, en Candau Morón, J. M^a., González Ponce, F. J., Cruz Andreotti, G., (ed.), *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad*. Actas del Simposio Internacional celebrado en Sevilla, Valverde del Camino y Huelva entre el 22 y el 25 de abril de 2003, 2004, Málaga, pp. 447-496

NOTAS

- ¹ En el colegio de San Agustín de Las Palmas (de 1857 a 1862) estudió latín todos los años menos el último y griego dos años, con buenas notas; de la reválida se examinó en 1862 (también de latín y griego) y también con buenas calificaciones (Ortiz Armengol 1995: 98 y 125).
- ² Se ha visto un trasfondo autobiográfico del Galdós joven en Vicente Halconero, protagonista de la cuarta serie de los *Episodios Nacionales*; en *España trágica* aparece como un devorador de libros, entre otros de clásicos como Homero, Virgilio y Esquilo, los mismos que compraba Galdós entre 1865 y 1867 (cf. Beyrie 1980: 148-9 y Ortiz Armengol 1995: 162-3).
- ³ n. 2120 Oeuvres de Virgile, Tr. française par M. Felix Lemaistre, Paris, Garnier, 1863 (con acotaciones de Galdós). n. 2121 Virgilio. *La Eneida*, Tr. de Graciliano Alfonso, Las Palmas de Gran Canaria, Impr. M. Collina, 1854, vol. I. (incompleto); n. 2122 Virgilio, *Las Bucólicas*, tr. por Joaquín Casasús, México, 1903 (dedicado: no lo abrió).
- ⁴ Nuez (1990: nº 184): Camús, Alfredo Adolfo, Apuntes de literatura latina según las explicaciones del Dr. D... catedrático de esa asignatura en la Universidad Central, por B. P. G. Cf. García Jurado 2002.
- ⁵ Continuidad con estas ideas se encuentra en *La incógnita*, de 1889 (Benítez 1990: 206-7).
- ⁶ Paralela es la crítica al canónigo Ripamilán en *La Regenta* de Clarín.
- ⁷ Recuérdese el planteamiento similar de *La aldea perdida* de Palacio Valdés y las escenas de la vida de la madre del Magistral en *La Regenta* de Clarín. Benítez (1990: 203-5) recuerda la relación de Marianela con obras de Pereda.
- ⁸ Benítez (1990: 207) documenta la continuidad del tema en *La incógnita*, de 1889, con menciones a las 'Galateas de refajo amarillo'.
- ⁹ Eça de Queiroz en *A cidade e as serras* (cf. García Jurado 1999) y Pereda en ese ruralismo patriarcal que se defiende en *Peñas Arriba*.
- ¹⁰ Cf. el comentario de Mainer p. LXXIV.
- ¹¹ En *Santa Juana de Castilla* (1918), la protagonista de la obra de teatro es Juana la Loca, presentada como la que podría haber sido una reina-santa para Castilla, preocupada por los pobres y con una religiosidad cristiana erasmista.
- ¹² Ara Torralba remite a Ortiz Armengol (1995: 602-5).
- ¹³ Ya había comentado esas características cervantinas Rodríguez-Puértolas (1977: 29).
- ¹⁴ Rodríguez-Puértolas (1977: 28) recoge varios comentarios negativos.
- ¹⁵ El libro de Schulten (1905) está en alemán, por lo que en todo caso la influencia podría haber venido del resumen en español que hizo José Pijoán en la revista *Cultura española*, nº 6 (1906) (non vidi).
- ¹⁶ Galdós en *El caballero encantado* (138-9 y en 203) señala una elevación del terreno donde había cultos primitivos. Podría ser también interesante relacionarlo con el Dios ibero de Antonio Machado y su caracterización.
- ¹⁷ Mérida en su obra de 1908 todavía tuvo tiempo de mencionar en una nota final que el Museo se acababa de trasladar a Soria, porque había estado primero al lado del yacimiento, en Garray. El libro de Galdós es de 1909, por lo que reflejaría una estancia suya allí o el relato que de ello habría hecho Mérida.